

Bibliografía

SI ASI ES LA SABIDURIA, MEJOR SEGUIMOS EN LA IGNORANCIA

Lewis A. Coser, *Las instituciones voraces*, Fondo de Cultura Económica, México, 1978, 152 páginas.

Con mucha frecuencia se oyen o leen alegatos —a veces violentos— en contra de una disciplina, una profesión, una ciencia o un arte. Así, los poetas han creado la antipoesía; los antropólogos cuestionan una y otra vez la validez de su profesión y se preguntan si en realidad no es una parte del marxismo; los sociólogos denuncian que sus conocimientos sólo sirven para los fines de la Agencia Central de Inteligencia (CIA); los médicos proponen la necesidad de pasar a una vida natural, sin médicos ni medicinas; los educadores exigen destruir el actual sistema educativo, etcétera.

Empero, pocas, muy pocas veces se siente uno tentado a suscribir totalmente las argumentaciones de los quejosos. No es que se les niegue el buen juicio ni los conocimientos sobre

el tema. Es, más bien, que generalmente esas soluciones no pueden aceptarse si no van acompañadas o precedidas de cambios fundamentales en la estructura de la sociedad. También hay ocasiones en que es muy válida la pregunta sobre la utilidad de una ciencia que se da el lujo de producir obras como la que se reseña.

De antemano conviene adelantar que autor, título y portada del libro son por demás atractivos. El primero es uno de los más destacados sociólogos estadounidenses de la actualidad; la enumeración de sus libros, investigaciones, ponencias y artículos llenaría más de una cuartilla. El segundo sugiere algo macabro, turbio; algunos dirán que tiene el atractivo del fruto prohibido. La tercera muestra el rostro de Marilyn Monroe enmarcado por la silueta de una botella de coca cola. Para terminar, la introducción es sugerente y —salvo cuestiones de detalle y gusto personal— se aprecia que la traducción al español está por encima del nivel estilístico corriente en los libros de sociología.

Al iniciar la lectura formal se van acumulando, en forma

paulatina e irremediable, las dudas sobre las aseveraciones vertidas, sobre la validez de los temas escogidos, sobre la importancia que se les asigna y sobre los ejemplos que pretenden demostrar que la hipótesis del autor es prácticamente irrefutable. Y digo *prácticamente* porque ningún científico social que se respete se atreve a afirmar que los resultados de sus investigaciones son la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. No. Eso sólo lo afirman y divulgan los discípulos consentidos.

Lewis A. Coser divide su trabajo en tres partes: el poder, la familia y la colectividad. Desde el principio del trabajo establece que las instituciones voraces son aquellas que “exigen una lealtad exclusiva e incondicional y tratan de reducir la influencia que ejercen los papeles y los *status* competidores sobre aquéllos a quienes desean asimilar por completo. Sus demandas respecto a la persona son omnívoras”.

Dentro de la estructura que fijó, Coser intenta demostrar cómo cada una de esas grandes instituciones —poder, familia, colectividad— se comen a quienes se acercan a sus fauces.

Al hablar sobre “el poder”, el autor no tiene mejor ocurrencia que referirse a los eunucos que estaban al servicio de los déspotas orientales, a los judíos cortesanos y cristianos renegados y a la amante real. Como se ve, cuatro casos por demás marginales dentro de la ciencia política. Además, con una muy endeble documentación y número de casos. No es que se pueda decir que las afirmaciones de Coser son falsas; es que son baladías.

Es muy sintomático que en la introducción se haya referido a dos ayudantes del presidente Franklin D. Roosevelt. Empero, ni por asomo se le ocurre desarrollar el tema en la parte central del libro. Asimismo, deja de lado, sin la menor mención, las verdaderas instituciones del poder: ejército, grandes empresas, grandes organizaciones sindicales. De todos es conocido que éstas sí absorben vida y pensamiento de sus miembros y que no es posible abandonarlas sin correr graves riesgos.

A Coser le parece muy importante la voracidad de la institución “amante real” y demuestra que, de los ocho casos estudiados —que tiemblen los estadígrafos ante el tamaño de la muestra—, en dos de ellos la amante tuvo un importante papel político. En consecuencia, *como lo atestigua claramente el 25% de la muestra seleccionada*, las mujeres que llegaron a tan alto puesto pudieron influir de modo significativo en el destino de sus países (debía decir un país, pues todas —las ocho— fueron amantes de reyes de Francia).

En lo que atañe a eunucos, judíos y cristianos renegados, el autor es igualmente brillante, pero aún más vago e inconsistente. Por ello, más vale no ocuparse del asunto.

En cuanto al segundo tipo de instituciones voraces, la familia, Coser se ocupa de dos casos: el sirviente y el ama de casa. Sin duda se puede estar de acuerdo en que la familia es voraz. En el sistema de vida occidental, al marido le exige dinero, autoridad y eventualmente amor y respeto. La mujer,

por su parte, debe ser dócil, cariñosa, comprensiva, trabajadora y fiel. Por último, los hijos tienen que ser obedientes, estudiosos, diligentes y limpios. Quienes desempeñan esos papeles —perdón, “juegan esos roles”— deben cuidarse de no transgredir los límites marcados. Claro está que al marido nada le pasa si viola una norma y a los hijos —sobre todo si son adolescentes o jóvenes— les importa un rábano. Pero ¡ay de la mujer que se salga del sendero! Anatemas y desgracias caerán sobre ella sin compasión ni tregua.

Con el sirviente pasa lo mismo, sobre todo si es del viejo estilo, es decir, de los que están ligados a la familia como un feudo. Aunque comparte en buena medida los trabajos del ama de casa, tiene una posición aún más subordinada, si bien es cierto que recibe una remuneración en efectivo de la que ella carece.

Por último, Coser se ocupa de “la colectividad”. Las instituciones a que se refiere son las sectas, los partidos políticos marxistas —especialmente el bolchevique— la Compañía de Jesús, la Iglesia católica y las sectas protestantes fundamentalistas. Es evidente que en todos los casos hay una muy grande sumisión de sectarios, bolcheviques, jesuitas, sacerdotes católicos y feligreses protestantes a sus respectivas instituciones y autoridades. No les está permitido renunciar a ellas, so pena de convertirse en enemigos, traidores a la causa, renegados o posesos del demonio. Viven y piensan en función de lo que opinen o dejen de opinar los jefes del caso. Empero, hay algunas omisiones importantes en la lista de Coser.

¿Qué pensar, por ejemplo, de las personas atadas a la empresa en que trabajan? Por ella son capaces de no exigir —ni siquiera pedir— aumentos de sueldos o de prestaciones. Parodian de modo inconsciente a los boxeadores: “todo se lo debo a mi empresa”; renuncian a vacaciones y días de descanso y con mucha frecuencia realizan parte del trabajo en sus propios hogares.

También está el caso de los agentes de los servicios de seguridad: los que intenten abandonarlos corren peligro de muerte. Ciertamente Coser hace alguna alusión a la nefanda Checa-GPU-NKVD-KGB, pero es incapaz de referirse a la CIA-FBI, a la Sureté, a Scotland Yard, etc. ¿Habrán realmente diferencias importantes en lo que atañe a fidelidad y métodos de trabajo en los diversos servicios de inteligencia y seguridad, o será sólo una leve desviación ideológica del autor?

En resumen, baste decir que a Coser le está vedado percibir cuál es la más pantagruélica de todas las instituciones voraces: el sistema de explotación y dominación. Ni por asomo se le ocurre pensar que los explotados, marginados y oprimidos son quienes en realidad sustentan a todas las mencionadas instituciones voraces. No piensa, tampoco, en la imposibilidad de abandonar la institución miseria y marginación.

¿Cómo comparar, por ejemplo, la importancia de la institución “amante real”, con el sistema de dominación que se ejerce contra la mitad del mundo: la constituida por mujeres? ¿Es, asimismo, equiparable el papel de las sectas

fundamentalistas con el de la explotación de los indios? La amante real corría el riesgo de caer en desgracia y dedicarse a vivir de sus rentas o regentar un prostíbulo; el fundamentalista podía ser expulsado si incumplía las órdenes de su pastor, encarnación viva de la ira de Dios.

Empero, ¿qué sucede con las mujeres que se niegan a seguir desempeñando un papel que les repugna? En la mayoría de los casos son castigadas, y ascienden a millones; en ocasiones excepcionales se les permite que formen una especie de club de locas mansas: las feministas. Con los más explotados y marginados, los indígenas de América, Asia y África —y con las aún más explotadas y dominadas mujeres indígenas—, el problema parece no tener solución. Mejor dicho, la solución es que permanezcan donde están a fin de acabar más rápidamente con ellos.

Por último, al parecer Coser está tan preocupado por las instituciones voraces externas que no puede observar la propia. En efecto, quizá haya pocas cosas tan acaparadoras, contra lo que cabría suponer, como el mundillo de los académicos. Normas de investigación y de trabajo, relaciones personales, lugares de vacaciones, congresos, seminarios, etc., están perfectamente determinados. Si bien en México se padece esa dolencia, el índice de morbilidad es bajo. Empero, en Estados Unidos, donde trabaja y reside el autor de la obra reseñada, hay una verdadera epidemia de la cual, además, pocos son conscientes. C. Wright Mills, quizá el sociólogo estadounidense más lúcido de este siglo, hizo una excelente disección de trabajos como *Las instituciones voraces* y de autores como Lewis A. Coser en su libro *La imaginación sociológica*. Convendría releer ese texto ya clásico, a fin de prevenirnos contra la posibilidad de caer en las trampas del lenguaje aséptico, la superficialidad temática y el adocenamiento ideológico. *Leopoldo Zorrilla Ornelas*.

CUANDO EL ARBOL NO DEJA VER EL BOSQUE

Berta Ulloa, *Historia de la Revolución Mexicana; período 1914-1917*, t. 4, *La revolución escindida*, y t. 5, *La encrucijada de 1915*, El Colegio de México, México, 1979, 178 y 267 páginas, respectivamente.

Nada más oportuno en este mes de noviembre que iniciar la reseña de algunos de los ejemplares que integran la *Historia de la Revolución Mexicana* que, repartida en 23 tomos, está editando El Colegio de México.

Parecería que ya se ha dicho todo acerca de la gesta revolucionaria de México a causa de la abundancia de análisis, estudios o exégesis de que ha sido objeto. Empero, siempre habrá diferentes enfoques, orientaciones distintas que descubran aristas ocultas, aunque sea acudiendo a elementos complementarios.

Pensábamos que tal era el caso de esta nueva versión de los sucesos, para cuya presentación se ha acudido no sólo a un impresionante acervo de fuentes primarias y secundarias,

sino también a fotografías, estampas y caricaturas poco conocidas provenientes de diversas publicaciones de la época, lo cual da a estos libros un interés adicional y representa un incentivo para atraer a un mayor número de lectores.

De acuerdo con Luis Cabrera, una de las figuras más conspicuas en el proceso revolucionario mexicano, el movimiento que se inició el 20 de noviembre de 1910 iba dirigido a “sepultar el caciquismo, el peonismo, el fabriquismo, el hacendismo, el cientifismo y el extranjerismo”.¹ Así, la agitación arrastró a todos los representantes de la sociedad mexicana, según lo demuestra la estructura social de los ejércitos de los caudillos.

Entre las huestes de Villa figuraban “artesanos, obreros, pequeños comerciantes, empleados humildes, rancheros, mineros, peones, vaqueros, arrieros, buhoneros, desempleados, bandidos, indios yaquis, mayos y kikapúes”.

En el ejército de Zapata inicialmente militaban comuneros, peones de hacienda, arrieros, zapateros, pequeños agricultores y rancheros. Más tarde se incorporaron políticos fugitivos y criminales y, al final, hombres cultos como Antonio Díaz Soto y Gama, Rafael Pérez Taylor y Gildardo Magaña, autor, por cierto, de una interesante biografía sobre Zapata que no figura entre las fuentes bibliográficas de la obra que se reseña.

En el ejército de Carranza se agruparon los representantes de las clases medias y ricas, principalmente, tales como “abogados, ingenieros, profesores, periodistas, médicos, terratenientes, hombres acaudalados, aristócratas provincianos, ganaderos, ferrocarrileros, obreros, campesinos, aparceros, pequeños propietarios, contadores, molineros” y otros más.

¿Cómo eran los caudillos? La autora describe a Villa como perteneciente a una “familia pobre, ágil, amoral y audaz [¿él o la familia?], con aptitudes estratégicas congénitas [sic] y gran magnetismo personal”.

En cuanto a Zapata, “había sido pequeño propietario, [...] era de una honradez acrisolada [...] un ‘apóstol real’ de la Revolución [...], el Plan de Ayala fue siempre su bandera”.

Carranza “pertenecía a una familia rica, liberal y criolla [...] Fue senador, gobernador, ministro de Guerra [...] Era sobrio, de escasa cultura, tenaz, calculador, rencoroso y cauto”.

Los sucesos acaecidos entre 1914 y 1917 son especialmente abigarrados y prolijos. Por un lado, las diferencias y rivalidades de los caudillos levantaban un remolino cuya fuerza arrastraba a los mexicanos en toda la República. Por otro, el país era un verdadero panal para la codicia de Estados Unidos, cuyos representantes no dejaban de entrometerse un solo momento en los asuntos nacionales, conscientes de que “a río revuelto. . .”

1. Citado por Alberto Bremauntz, *Panorama social de las revoluciones de México*, Ediciones Jurídico Sociales, México, 1960, p. 186.

Los capitalinos padecían el acoso de enfermedades, epidemias, hambres y carencias de todo tipo, cosa normal durante una agitación revolucionaria, aunque además sufrían otro tipo de calamidades que, por lo visto, en México brotan ya sea en tiempos de paz o en tiempos de guerra.

La autora sostiene que, cuando la Soberana Convención Revolucionaria de Aguascalientes, integrada principalmente por villistas y zapatistas, eligió como presidente provisional a Eulalio Gutiérrez, éste y sus seguidores concibieron un plan para deshacerse de Zapata, de Villa y de Carranza. Empero, al ser descubiertos, huyeron “con los fondos de la Tesorería de la Nación (once millones de pesos papel y cien o doscientos mil pesos en oro acuñado)”. Mientras, los pobres capitalinos padecían más hambre que nunca. Los comerciantes aprovechaban cualquier coyuntura —como siempre— para medrar con las necesidades del pueblo y ocultaban el maíz, la carne, el pan y otros artículos de primera necesidad para ponerse las botas con los precios.

En forma concomitante con las entradas y salidas de zapatistas, villistas y carrancistas de la capital del país, “de julio de 1914 a julio de 1915 el arroz subió de 50 centavos a 3 pesos, la manteca de 80 centavos kg a 6 kg, el café de un peso a 4 pesos kg, las galletas de 3 pesos a 15 pesos”. (A diferencia de nuestra época “los huevos se sostuvieron siempre a 9 por un peso”).

El pueblo asistía sólo a espectáculos gratuitos. A Villa y a Zapata les encantaba organizar audiciones musicales con *La cucaracha*, *Jesusita en Chihuahua* y *El abandonado*, aunque nadie podía asistir a las tan gustadas carpas, ya que el precio de entrada era de “dos tamales o un elote”, artículos más escasos que los “tordillos”, “revalidados”, “inconvenientes”, “sábanas”, “caritas” y demás papel moneda que, a veces legítimo y a veces falsificado, invadía inútilmente la bolsa de los capitalinos.

Los comerciantes y los industriales yanquis vivían en constante sobresalto. Después de que en 1915 salieron de la capital las fuerzas de Villa y de Zapata, y entraron las de Obregón, a los lamentos de los estadounidenses, españoles, italianos, ingleses, franceses (y algunos mexicanos) se unieron los de los eclesiásticos, hacia quienes el brazo armado de Carranza expresaba una fobia particular. En bastantes ocasiones los lamentos y la indignación de los extranjeros eran mucho mayores que los daños que se les infligían. Así, un francés puso el grito en el cielo porque le robaron su automóvil, mientras un italiano rebusnaba... cuando se le confiscaron sus dos burros; un estadounidense de la Cananea Copper Company llegaba más lejos al solicitar, airado, que Estados Unidos enderezara al país y un “respetable residente de la ciudad de México” pedía a Wilson que “llevara a cabo una verdadera intervención armada”.

Durante esos años los caudillos realizaron importantes reformas dentro de sus respectivas áreas de acción.

La autora señala que en Chihuahua, en 1913, Villa “confiscó los bienes del enemigo; estableció pensiones para las viudas y los huérfanos de la revolución; fundó el Banco del Estado de Chihuahua con un capital de 10 millones de

pesos, garantizados con los bienes confiscados a los enemigos de la revolución, y recaudó impuestos municipales y aduanales”.

En los decretos relacionados con la economía el Centauro del Norte se centró en la “exportación de minerales preciosos y de uso industrial y en la explotación minera”. Ordenó que se “pagaran las cuotas para exportación de madera, raíz de zacatón, tabaco, algodón, guayule, alcoholes, cebada, legumbres y frutas. Asimismo impulsó la exportación de carne fresca de Chihuahua y productos alimenticios animales y autorizó la libre acuñación de monedas de oro, plata, níquel y cobre”.

Además, entre las medidas sociales, “estableció el salario mínimo, prohibió las tiendas de raya” y promulgó la Ley Agraria que decretaba “el fraccionamiento de las grandes propiedades”, señalando que “los extranjeros” no poseerían “tierras ni industrias en nuestro país.”

Mientras tanto, Zapata realizaba en Morelos el reparto de la tierra, “de acuerdo con la costumbre y usos de cada pueblo”. El régimen agrario “no nació de órdenes de burócratas o generales”, sino de la “cooperación de los dirigentes de los pueblos”. Mientras que en la capital el Secretario de Agricultura del zapatismo establecía el Banco Nacional de Crédito Rural, las Escuelas Regionales de Agricultura y la Fábrica Nacional de Herramientas Agrícolas, Zapata ordenaba en Morelos los trabajos de las comisiones agrarias zapatistas, en las que figuraban los hermanos de Antonio Díaz Soto y Gama, “el yucateco Felipe Carrillo Puerto y su ayudante Fidel Velázquez”, y se impulsaba el trabajo en los ingenios azucareros, además de que se lograba abastecer al estado con “frijol, garbanzo, maíz, cebollas, chile y pollos”.

El 24 de diciembre de 1914 Carranza decretó que Veracruz sería la capital del país, y estableció la “secundaria mixta de cuatro años, la preparatoria para hombres”, varias “escuelas de enseñanza agrícola, industrial, mercantil y de enfermería para evitar el auge del proletariado en las carreras literarias”. Además, mientras por un lado Carranza combatía con denuedo toda injerencia extranjera, por otro se lanzaba contra los obreros.

Narra la autora que durante la primera entrevista de Carranza con los enviados de la Casa del Obrero Mundial, “les reprochó su ideología” y rechazó su colaboración porque “negaban el reconocimiento sagrado de la patria... el principio de autoridad... todo régimen de gobierno...” y dijo que a la revolución “le bastaba con los campesinos; que no necesitaba de los obreros”. No obstante, presionado por algunos de sus partidarios más destacados, Carranza terminó por aceptar a los miembros de la Casa del Obrero Mundial, y ello marcó el principio del fin de la combativa organización.

No creemos necesario extenderse en un comentario sobre acontecimientos de sobra conocidos, pese a que el trabajo que se reseña enriquece, indudablemente, el caudal de conocimientos acerca de la época revolucionaria. No abundan —insistimos en ello— las investigaciones históricas que, como la intentada en esta serie de 23 tomos, brinden semejante acopio de información. Creemos que la historiadora logra el

objetivo de relatar las cosas tal y como ocurrieron, con el mayor número de datos y fidelidad posibles. Empero, *en ningún momento nos ha parecido que en estos dos libros explique, examine, o intente poner en claro las causas de dichos acontecimientos.*

“Zapata —escribe la autora— personificó la lucha de los pueblos y comunidades de Morelos contra las haciendas y los ingenios azucareros” y allí se acaba la importancia del héroe de Anenecuilco. Villa “tenía aptitudes estratégicas congénitas y gran magnetismo personal que le permitía reunir a cientos de hombres en unos cuantos días. . .” ¿No eran algo más que eso Villa y Zapata? Para nosotros, y de acuerdo con otro historiador, representaban, ni más ni menos, “los intereses del campesinado revolucionario”.²

Creemos que no señalar las causas, no ver “en el proceso de 1910-1917 la lucha entre dos vías, la revolucionaria radical representada por Zapata y Villa y la conciliadora, representada por Madero, Carranza y Obregón”,³ es hacer historia a medias; limitarse a reproducir una serie de sucesos más o menos notables, conmovedores o divertidos, cuya vaguedad contrasta con la precisión exagerada de afirmar que “un italiano reclamaba la confiscación de dos burros”. *Graciela Phillips.*

ESTATISMO AUTORITARIO O SOCIALISMO DEMOCRÁTICO: EL DILEMA ACTUAL

Nicos Poulantzas, *Estado, poder y socialismo*, Siglo XXI España Editores, Madrid, 1979, 326 páginas.

Nicos Poulantzas murió en París, el 3 de octubre de 1979, a la edad de 43 años.

Poulantzas estudió sociología y ciencia política en Francia, a partir de 1960. Al terminar sus estudios volvió a Grecia —su país natal— y luego, con la imposición de la llamada “dictadura de los coroneles”, en 1967, regresó a París, donde residió definitivamente, dedicado a la elaboración de su obra y a profesar la cátedra de sociología política.

En una primera fase de su obra Poulantzas se abocó —junto con otros pensadores marxistas— a la tarea de actualizar la teoría política marxista, participando en esa corriente renovadora que en 1968 “se debatía entre el esclerosamiento estalinista y la expresión voluntarista propia de la socialdemocracia”.¹ Comenzando por una relectura de los textos clásicos de Marx, impregnado del estilo de Althusser, de cuya influencia no pudo desembarazarse nunca, a pesar de su progresivo distanciamiento del célebre filósofo francés, Poulantzas fue asumiendo en sucesivos acercamientos la crítica de las transformaciones del Estado capitalista

2. Armando Bartra, en su prólogo a *Regeneración, 1900-1918*, Ediciones Era, México, 1977, p. 30.

3. *Ibid.*

1. Véase “Poulantzas, teórico del socialismo democrático”, en *Boletín de Información Internacional*, año 3, núm. 186, México, 19 de octubre de 1979, pp. 2094-2098.

moderno, desde el liberalismo hasta las dictaduras en los países industrializados menos desarrollados de Europa, pasando por los que él denominó “estados de excepción” (el fascismo, el bonapartismo y el autoritarismo) y el “Estado de bienestar”. De este período destacan *Poder político y clases sociales* (1968), *Fascismo y dictadura* (1970), *Las clases sociales en el capitalismo contemporáneo* (1974) y *La crisis de las dictaduras* (dedicado al análisis de los casos de Grecia, Portugal y España, 1975).

En una última fase de su obra se ha señalado correctamente que “Poulantzas había emprendido la crítica de las contradicciones del Estado de transición, preludio de la disolución del poder estatal en la sociedad comunista, buscando avanzar conceptualmente en el esclarecimiento del tránsito hacia el socialismo democrático.” De este último afirmaba que “implica claramente una distanciamiento con respecto al estalinismo y también a un cierto leninismo. Por otra parte, y en la medida en que se trata de una vía revolucionaria, se distancia de la estrategia socialdemócrata clásica”.² A esta tarea dedica *La crisis del Estado* (1976), una obra colectiva que da cuenta de un debate en el que participaron teóricos marxistas representativos de las diversas corrientes contemporáneas imperantes en Europa Occidental, y *Estado, poder y socialismo* (1978), del que se comentan algunos aspectos en esta nota.

La obra de Poulantzas, difundida en varios idiomas, ha provocado —como, en general, lo hace la obra de cualquier pensador que se precie de serio y honesto— permanentes polémicas. Ello se debe a su manera de entender la teoría marxista, a sus juicios acerca de la naturaleza de los regímenes de los países del Este, y al excesivo teoricismo, al alto grado de abstracción, a la formalización desmesurada que caracterizan a sus escritos —particularmente el primero, *Poder político y clases sociales*. La terminología, de cuño estructuralista (Althusser), resulta ser un verdadero obstáculo, a veces difícil de salvar, para la cabal comprensión del trasfondo que el autor pretende analizar.

Sin embargo, independientemente de la actitud que se asuma frente a su obra, es preciso reconocer que la vida intelectual de Poulantzas estuvo vinculada con esa corriente renovadora de la teoría marxista que se ha ido abriendo paso a pesar de las “ortodoxias” y los dogmatismos que, incubados durante la III Internacional, influyeron en mayor o menor medida en todos los partidos comunistas del orbe y de los que apenas en esta década algunos de ellos se empiezan a desprender.

Cabe señalar que esa corriente renovadora del marxismo se fortaleció a raíz del surgimiento de una doble crisis. La primera sacudió las estructuras económicas, sociales, políticas y culturales de los países más desarrollados de Occidente, y se manifestó principalmente —pero no únicamente— mediante la movilización estudiantil en Francia, Italia, Estados Unidos, etc., durante la primavera y el verano de 1968. La segunda, fue la provocada por la invasión de Checoslovaquia —en agosto de 1968— por los ejércitos del Pacto de Varsovia, para deponer al régimen que encabezaba la dirección comunista de Alexander Dubcek, empeñado en impulsar la construcción de un “socialismo con rostro humano”, dife-

2. *Ibid.*

rente del tradicional modelo soviético. Esta doble crisis puso en evidencia la importancia del "marxismo oficial", ya no sólo para impulsar la revolución socialista en Occidente, sino —y esto es quizá más grave— para cumplir con "la promesa de solucionar los problemas fundamentales de la humanidad moderna, de superar los antagonismos de la existencia humana" —como apunta Rudolf Bahro— en los países que se autodenominan socialistas.

A partir de este punto, las corrientes renovadoras de pensadores marxistas se dieron a la tarea de rescatar de los pantanosos cenáculos que constituyen los llamados institutos de marxismo-leninismo, la obra original de los marxistas —teóricos y políticos— que a lo largo de más de 100 años han contribuido a la formación de un *corpus* teórico. Esa obra original es la que debe servir de base para luchar por la transformación de la sociedad y la construcción del comunismo. Volvieron así a aparecer, entre los comunistas, las obras ya clásicas de Luxemburgo, Trotsky, Gramsci, Kautsky, Bujarin y otros, hasta hace relativamente poco considerados casi herejes, cuyo estudio y análisis ha contribuido, junto con una crítica sin precedentes de las principales categorías —como Partido, Estado, clases sociales, etc.— elaboradas por Marx, al enriquecimiento de su legado.

Estado, poder y socialismo se inserta en esta discusión junto a la obra de otros pensadores como Umberto Cerroni, Norberto Bobbio, Christine Buci-Glucksmann, Jean-Marie Vincent, Henri Lefebvre, Michel Löwy, Joachim Hirsh, Suzanne de Brunhoff, Fernando Claudín, Santiago Carrillo y Enrico Berlinguer.

En esta obra, Poulantzas emprende el análisis de las transformaciones ocurridas en el Estado y el poder en el capitalismo monopolista de Estado. Lo hace desde una perspectiva de cambio hacia el socialismo democrático. Para ello, revisa la concepción tradicional (leninista) de Estado, que lo limita a la mera dominación política, a una "dictadura de clase". Señala que este planteamiento es una "concepción puramente instrumental del Estado, que reduce... el aparato del Estado al poder del Estado".

Desde esta perspectiva tradicional, el Estado es un aparato especial, que posee "una armazón material propia, no reducible a las relaciones (tales o cuales) de dominación política". Tal concepción, señala justamente Poulantzas, deja de lado el problema fundamental de la teoría política del Estado: el de la relación entre el Estado, el poder y las clases sociales.

En lugar de esta concepción, el autor señala que, en efecto, "el Estado presenta, desde luego, una armazón material propia, que no puede reducirse, en absoluto, a la sola dominación política. El aparato del Estado es algo especial, y por tanto temible, que no se agota en el poder del Estado. Pero la dominación política está, a su vez, inscrita en la materialidad institucional del Estado. Si el Estado no es producido de arriba a abajo por las clases dominantes, tampoco es simplemente acaparado por ellas: el poder del Estado (el de la burguesía en el caso del Estado capitalista) está trazado en esa materialidad. No todas las acciones del Estado se reducen a la dominación política, pero todas están constitutivamente marcadas por esa dominación". Esa armazón ma-

terial del Estado se localiza en las relaciones de producción y en la división social del trabajo, en donde están presentes las clases, los poderes y las luchas de clases.

Consecuentemente con este planteamiento, ¿tiene algún sentido sostener la visión topográfica —enunciada por Marx para facilitar la comprensión de la sociedad según el materialismo histórico, pero sin validez metodológica— de "base económica" y "sobreestructura", presente en los análisis estructuralistas?

El mismo Poulantzas plantea que esa concepción lleva a concebir al Estado como un "apéndice-reflejo" de lo económico, con lo cual "el Estado no poseería espacio propio y sería reducible a la economía".

En cambio, de acuerdo con lo antedicho, concluye que "si son las relaciones de producción las que configuran el campo del Estado, éste tiene sin embargo un papel propio en la constitución misma de esas relaciones". Por ello Poulantzas analiza al Estado en términos de dominación y lucha políticas.

Surge aquí, necesariamente, la cuestión: ¿cómo ejerce el Estado su papel en la constitución de las relaciones de producción de las cuales él mismo es un resultado?

Poulantzas aborda este problema a partir de la concepción gramsciana del Estado, es decir, de la relación dialéctica de las funciones de represión e ideología. Esta última función la realiza el Estado mediante los aparatos de hegemonía (aparatos ideológicos del Estado, según Althusser), sólo que superando los límites descriptivos y nominalistas que ciertos intérpretes le han querido dar. Así, señala que según las formas de Estado y de régimen, incluidas las formas de reproducción del capital en un momento dado, algunos aparatos represivos pueden transformarse en ideológicos, o viceversa.

Esta movilidad de los aparatos de hegemonía —específica del Estado burgués— se explica por la naturaleza propiamente política en que se realiza el acoplamiento y la disposición de la serie de "funciones anónimas, impersonales y formalmente distintas del poder económico". Tal acoplamiento se sustenta en una "axiomatización de leyes-reglas que distribuyen los dominios de actividad, de competencia y en una legitimidad fundada en ese cuerpo que es el pueblonación", todo lo cual remite a la naturaleza misma de las relaciones capitalistas de producción, es decir, a la desposesión total del trabajador directo. También remite a la especialización y separación del trabajo manual-trabajo intelectual, la atomización, la individualización y, en fin, al funcionamiento jerárquico-burocrático del Estado contemporáneo.

Respecto de las clases dominantes (la burguesía), el Estado tiene un papel organizativo pues por medio de él se establece la alianza entre sus componentes y el equilibrio inestable de los compromisos adquiridos entre ellos.

Así, el Estado constituye "la unidad política de las clases dominantes", papel que cumple en la medida en que posee una *autonomía relativa* respecto de tal o cual fracción de ese

bloque, que es lo que le permite representar el interés político a largo plazo del conjunto de la burguesía. Esta formulación del Estado, como una “condensación material y específica de una relación de fuerzas entre clases y fracciones de clases”, permite apreciar con claridad la flexibilidad del Estado ante los posibles cambios en la composición misma del bloque dominante y permite, también, concebir el establecimiento de la política del Estado como el resultado de las contradicciones de clase inscritas en su propia estructura.

Puede concluirse, pues, que el Estado está constituido-dividido de parte a parte por las contradicciones de clase.

Empero, tales contradicciones no se limitan únicamente a las que ocurren entre las diversas fracciones de la burguesía, sino que también incluyen a las clases y fracciones de clase que no participan en la dominación política más que en la medida de su presencia *en* el Estado.

Por su parte, las luchas populares se inscriben en esa materialidad institucional del Estado, ya que cualquier lucha frente a los aparatos de poder modifica la estrategia del Estado. Así, este último desplaza el centro del poder real de un aparato a otro, tan pronto como la relación de fuerzas en el seno de uno de ellos parece inclinarse del lado de las masas populares.

En otras palabras, captar al Estado como condensación material de una relación de fuerzas, significa captarlo también como un campo y un proceso estratégicos, donde se entrelazan nudos y redes de poder, que se articulan y, a la vez, se contradicen entre sí.

Todo esto puede llevar a suponer que se trata de formular una teoría relacionista del poder, que sustente un compromiso de intereses entre la burguesía y las causas populares. Sin embargo, este supuesto carece de fundamento por varias razones. En primer lugar, el Estado constituye una relación material y específica de fuerzas, lo que implica la exclusión de las masas populares de algunos de sus aparatos. En segundo lugar —y sobre todo— esas masas populares luchan a partir de una *estrategia política propia*, por lo que se organizan en el terreno del poder pero sin insertarse directamente en el espacio físico de las instituciones, sino que mantienen movimientos de democracia directa en redes autogestionarias, tal como lo ha estudiado Manuel Castells.

Ahora bien, por lo que respecta a las relaciones entre el Estado y la economía, el análisis de aquél no puede detenerse en el establecimiento de sus vínculos con las relaciones de producción y la división social capitalista del trabajo en sentido general, sino que también se vincula cada vez más con diversos fenómenos económicos, tales como la inflación, el desempleo, las crisis cíclicas, etcétera.

Poulantzas centra su atención en dos hechos fundamentales: el papel del Estado en la sobreacumulación-desvalorización del capital y en la gestión-reproducción de la fuerza de trabajo. Señala que para captar el verdadero significado de estos aspectos es menester abordarlos entrando en las particularidades de las transformaciones de las clases y sus relaciones, de las luchas políticas, de la crisis económica

internacional y sus efectos sobre cada país en su repercusión en crisis política y crisis de Estado, y de los efectos propiamente políticos de las intervenciones económicas del Estado, las cuales corresponden frecuentemente a coordinadas generales de la reproducción del capital social, por lo que constituyen, finalmente, una necesidad política.

Ese contenido político concierne, primeramente, a las masas populares, puesto que la acción directa del Estado a favor del capital se hace necesaria cada vez que la aplicación de lo económico implica tanto ciertos aspectos de la reproducción-gestión de la fuerza de trabajo, como una serie de medidas socioeconómicas, que van desde la seguridad social a la política sobre el desempleo y el consumo colectivo.

Sin embargo, a pesar de que en la fase actual del capitalismo —denominada capitalismo monopolista de Estado— el papel del Estado es muy amplio, su actuación conlleva siempre límites infranqueables de carácter estructural, que varían según las relaciones existentes entre las clases y las formas que asume el Estado (democracia, parlamentarismo, fascismo, etcétera).

Tales límites remiten nuevamente a las relaciones de producción que hacen que los recursos materiales de que dispone el Estado estén estructuralmente limitados, valga la redundancia, por la acción directa de la lucha de clases. Empero, las modificaciones en la relación de fuerzas no se traducen automáticamente en una modificación del aparato económico del Estado, sino que está de por medio la misma lucha de las masas populares, la iniciativa de éstas y las formas de democracia directa de base, para transformar radicalmente al propio Estado.

Se generan nuevas formas de Estado, en parte por la contradicción señalada, que Poulantzas denomina *estatismo autoritario*, el cual parece corresponder a la fase actual del capitalismo monopolista en los países dominantes y del imperialismo.

Esta nueva forma se caracteriza por la dominación de la alta administración por el vértice del ejecutivo y la intensificación del control político de aquélla por éste.

Ante esta nueva modalidad, la estrategia política de las masas populares debe consistir en desarrollar y extender lo que queda de las libertades, para poner en entredicho al estatismo autoritario. La cuestión de salvaguardar las libertades conquistadas durante anteriores fases del capitalismo, desarrollarlas y extenderlas se vincula con el problema de la transición hacia el socialismo.

Sin embargo, de nuevo se abre aquí una discusión que ha repercutido directamente en los partidos revolucionarios, particularmente en los comunistas.

El eje central del actual debate gira en torno a la relación entre socialismo y democracia: la vía democrática al socialismo. Es decir, se trata de profundizar en la estrategia para emprender una transformación radical del Estado articulando la ampliación y la profundización de las instituciones de la democracia representativa y de las libertades con el desplie-

que de las formas de democracia directa de base y el enjambre de los focos autogestionarios.

En este sentido, el trabajo de Poulantzas, así como el de la mayoría de los pensadores que participan en la renovación del marxismo, se centra en la cuestión de la validez de "la dictadura del proletariado". Señala Poulantzas que tras de esa fórmula se pretende ocultar el problema fundamental de la articulación de una democracia representativa transformada con la democracia directa de base.

El texto explora algunas características que deberán revestir esa articulación y señala los posibles riesgos que afrontará el socialismo democrático, riesgos provenientes de la propia burguesía.

Pero tales riesgos, concluye Poulantzas, no se podrán evitar más que "de una sola forma: mantenernos tranquilos y marchar derechos bajo los auspicios y la dirección de la democracia avanzada".

Nada de lo que Nicos Poulantzas expone en su libro está exento de crítica. Pero ésta será obra de los teóricos, tanto de los que aún pretenden conservar las fórmulas básicas de un marxismo acartonado, como de aquéllos que buscan la consecución de un marxismo capaz de impulsar a los pueblos a liberarse realmente, materializando el principio apuntado por Marx y Engels en el célebre Manifiesto Comunista según el cual "el libre desarrollo de cada uno es la condición para el desarrollo libre de todos". *Angel Serrano.*

RESCATE DE UNA JOYA BIBLIOGRAFICA

José Victorino Lastarria, Alvaro Covarrubias, Domingo Santa María y Benjamín Vicuña Mackenna, *Unión y Confederación de los pueblos hispanoamericanos*, UDUAL, México, 1979, 400 páginas.

En 1862 se publicó en Chile una obra titulada *Colección de ensayos i documentos relativos a la Unión y Confederación de los pueblos hispanoamericanos*, con el patrocinio de la *Sociedad de la Unión Americana de Santiago de Chile*, formada por un núcleo avanzado del Partido Liberal, del que nació más tarde el Partido Radical.

La entidad se orientaba a darle un nuevo impulso a la independencia lograda respecto de la monarquía española a través de una alianza de repúblicas a escala continental y contó entre sus animadores con Francisco Bilbao, José Victorino Lastarria, Benjamín Vicuña Mackenna, Manuel Recabarren, Alvaro Covarrubias y Domingo Santa María.

La obra recogió documentos relativos al Congreso de Panamá de 1826, al Congreso de Lima de 1848, al Tratado Tripartito de 1856 y textos pertenecientes, entre otros, a Bernardo Monteagudo, Pedro Félix Vicuña, Juan B. Alberdi, Benjamín Vicuña Mackenna, Manuel Carrasco Albano, Francisco Bilbao.

Esta obra, expresión de uno de los filones más progresis-

tas del liberalismo, ha permanecido ignorada por la inmensa mayoría de los chilenos educados en la visión reaccionaria del pasado nacional proporcionada por historiadores oficiales como Francisco Antonio Encina, para quien este tipo de "elucubraciones ideológicas" expresaba la "desconformación cerebral" de sus autores.

Por eso, la decisión del distinguido investigador social panameño, Ricaurte Soler, de promover una reedición facsimilar de la obra en Panamá, en 1976, no puede sino ser saludada con verdadera gratitud patriótica por los chilenos que recogen hoy aquellas banderas de unidad hispanoamericana alzadas ya en 1818 por el propio Libertador Bernardo O'Higgins cuando puso a circular un manifiesto en el que llamaba "a instituir una Gran Federación de Pueblos Americanos".

En el prólogo a la edición panameña dice Ricaurte Soler:

"La edición facsimilar que hoy ofrecemos quisiera cumplir varios objetivos. En primer lugar el de ofrecer a un público preocupado un material valioso en torno a la tarea, de actualidad permanente, de integrar lo más estrechamente posible los pueblos hispanoamericanos. En segundo lugar deseáramos, finalizando la conmemoración del sesquicentenario del Congreso de Panamá, ofrecer un aporte bibliográfico que permita una mejor comprensión de las circunstancias específicas en que se reiteró, bajo formas distintas, el legado hispanoamericanista de Bolívar. Finalmente, quisiéramos también hacer patente, mediante la publicación de estas páginas, cómo el actual colonialfascismo del régimen chileno es la negación más flagrante del mejor legado de la inteligencia histórica chilena. Su retiro del Pacto Andino, y la entrega a las transnacionales imperialistas, hace estas acciones singularmente grotescas cuando se comparan, por ejemplo, con las expresiones del chileno Francisco Bilbao en junio de 1856: 'La América debe al mundo una palabra. Esa palabra pronunciada, será la espada de fuego del genio del porvenir que hará retroceder al individualismo Yankee en Panamá'."

La edición panameña de esta obra, restringida en su tiraje, se agotó rápidamente entre los numerosos amigos de Ricaurte y algunos centros académicos. Las reiteradas solicitudes de ejemplares que nuestro colega no pudo satisfacer, lo convencieron de la necesidad de promover una nueva edición, con un patrocinio institucional que asegurara una mayor difusión. Esta institución fue la Unión de Universidades de América Latina, UDUAL, que acaba de editar 2 000 ejemplares pulcramente impresos. Dice Ricaurte Soler en el prólogo a esta edición:

"Gracias a la iniciativa de la Unión de Universidades de América Latina se publica este libro, por primera vez en México. Esta institución cumple, con ello, una de sus tareas más obvias: divulgar lo mejor del legado del pensamiento latinoamericanista. Por hacerse en México, esta publicación adquiere otro significado. Y es el de actualizar un pensamiento de solidaridad que el lejano país austral le hacía llegar en momentos históricos de extrema dificultad."

Es nuestro propósito no sólo anunciar al público la feliz

noticia de la puesta en circulación de la obra, sino también expresar como chilenos acogidos a la fraternal hospitalidad de México, país sede y principal sostenedor de la UDUAL, nuestra gratitud por tan efectivo apoyo al rescate de las tradiciones democráticas y progresistas de Chile, donde a partir de 1973 se ha negado con las "razones" de las

bayonetas ese pasado que nos dio singularidad en América Latina y el mundo. También queremos expresar nuestro afectuoso reconocimiento a quien ha sacado esta joya bibliográfica del olvido y cuya labor académica, rigurosa y vasta, se inscribe en el marco de la gran faena constructora de la unidad de nuestros pueblos. *Alejandro Witker.*

obras recibidas

- Rodrigo Alva y José Bengoa (coordinadores)
Documentos de trabajo. Taller de agricultura 1978, Vector, Centro de Estudios Económicos y Sociales, Santiago de Chile, 1979, 87 páginas.
- Banco Interamericano de Desarrollo
Informe anual 1978, Washington, 1979, 152 páginas.
Progreso económico y social en América Latina. Informe 1978, Washington, s.f., VI + 519 páginas.
- Banco Nacional de Crédito Rural
Informe anual 1978, México, 1979, 31 páginas + 10 de cuadros y gráficas.
- Gui Bonsiepe
Diseño industrial, tecnología y dependencia, Edicol, México, 1978, 220 páginas.
- Jaime Castrejón Díez
La educación superior en México, Edicol, México, 1979, 308 páginas.
- Centro Iberoamericano de Cooperación
Actualidad bibliográfica iberoamericana (referencias y extractos de artículos), año 1, fascículo 1, Madrid, abril-junio de 1978, 97 páginas.
- Coordinación General del Sistema Nacional de Información, SPP
Encuesta nacional de ingresos y gastos de los hogares, 1977. Primera observación, Secretaría de Programación y Presupuesto, México, s.f., 246 páginas.
- Federación Nacional de Cafeteros de Colombia
Boletín de Información Estadística sobre Café, núm. 48, División de Investigaciones Económicas, Depto. de Información Cafetera, Bogotá, 1978, 186 páginas. (Edición del L aniversario de la Federación. Incluye datos y cifras de 1927 a 1977.)
- Instituto de Altos Estudios de América Latina
Mundo Nuevo. Revista de Estudios Latinoamericanos, vol. 1, núm 1, Universidad Simón Bolívar, Caracas, julio-septiembre de 1978, 202 páginas.
- Luis Leñero O.
Valores ideológicos y las políticas de población en México, Edicol, México, 1979, 236 páginas.
- Natalie Moszkowska
El sistema de Marx. Un aporte para su construcción, trad. del alemán de Irene del Carril y revisión de Oscar del Barco, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 77, México, 1979, 165 páginas.
- Felipe Pardini
Manual de comunicación social, Edicol, México, 1978, 356 páginas.
- Alberto Parisi
Filosofía y dialéctica, Edicol, México, 1979, 150 páginas.
- Daniel Prieto Castillo
Retórica y manipulación masiva, Edicol, México, 1979, 187 páginas.
- Hernán Calisto Ruiz
Codificación de la Decisión 24 (Régimen Común de Tratamiento a los Capitales Extranjeros y sobre Marcas, Patentes, Licencias y Regalías) y legislación nacional actualizada, Revista núm. 1, Instituto de Integración Latinoamericana, Universidad Central del Ecuador, Quito, octubre de 1978, 85 páginas.
- Society for Policy Modeling
Journal of Policy Modeling, vol. 1, núm. 1, North-Holland, Nueva York, enero de 1979, 158 páginas.
- Josef Steindl
Madurez y estancamiento en el capitalismo norteamericano, Siglo XXI Editores, México, 1979, 325 páginas.
- Subdirección de Investigación Económica y Bancaria
Producto interno bruto y gasto 1970-1978, Serie Información Económica del Banco de México, México, 1979, 122 páginas.
- Christian Topalov
La urbanización capitalista. Algunos elementos para su análisis, Edicol, México, 1979, 186 páginas.
- Varios autores
Acumulación de capital, distribución del ingreso y empleo, memoria 1979, 3er. Congreso Nacional de Economistas, Colegio Nacional de Economistas, México, 1979, 798 páginas.
El Caribe: un mar entre dos mundos, Equinoccio, editorial de la Universidad Simón Bolívar, Caracas, 1978, 297 páginas. □